



(Sepulcro de Ali-Pachá.)

## ALI-PACHA.

«Un visir es un hombre vestido de pieles, sentado sobre un barril de pólvora, y que tiene miedo á una chispa.» Cuando Ali-Pachá pronunciaba estas palabras, habia llegado al apogeo de su poder. Hijo de un pobre Aga de Tepelini, se habia elevado á uno de los primeros puestos de la gerarquía musulmana por medio de su valor y de su inteligencia, pero tambien merced á su astucia y crueldad. Desde su palacio de Janina, á la orilla del hermoso lago de Acherusia, en el que gozaba fastuosamente de inmensas riquezas, fruto de su tiranía y su rapiña, dominaba el Epiro, la Acarnania, las montañas del Pindo, la Focia, una parte de la Etolia, de la Thesalia y de la Macedonia. El sultan le daba el nombre de Leon (*arslan*) en los firmanes. Bonaparte, al principio de su carrera gloriosa, habia fijado la vista en él, y quiso hacerle entrar en los planes de su política. Los periódicos de París publicaban cartas del Pachá del Epiro al general del ejército de Italia. Ali expresaba una simpatía fingida hacia una revolución que no comprendia: se declaraba discípulo fiel de la religion de los jacobinos; pero poco tiempo despues hacia traicion á la Francia, y la Inglaterra, cuyos intereses servia incidentalmente, le prodigaba á su vez las lisonjas. Nelson detuvo su escuadra en medio de la mar Egea, y mandó una comision á cumplimentar al que denominaba «el héroe del Epiro.» Durante las prolongadas guerras del imperio francés, su alianza fue solicitada por cuasi todos los soberanos europeos. En medio de las revoluciones que sufrían los reinos cristianos, y la misma Turquía, sabia, no solo conservar su influencia y autoridad, sino aumentarlas. Los viajeros ilustres que recorrian la Grecia y el Bósforo, no dejaban nunca de visitar á Ali-Pachá. Lord Byron, á quien toda superioridad intelectual ó material escitaba tan vivamente la curiosidad, mostró mas interés por ver al soberano de Janina, que por visitar á Constantinopla. Tuvo varias entrevistas con Ali-Pachá en 1805, y en el canto segundo de *Childe-Harold* ha dado una des-

cripcion brillante de la corte del tirano del Epiro. Hay tambien en sus memorias una carta dirigida á su madre, en que refiere sus impresiones con menos poesia, pero con tanta gracia y elegancia.

«He atravesado, dice, el interior de la Albania para ir á visitar al pachá. He ido á Tebelen (Tepelini), sitio real de S. A., en el que he permanecido tres dias. El nombre del pachá es Ali, y tiene fama de ser un hombre de mucha habilidad y astucia. Su hijo Veli-Pachá, para el cual me ha dado una carta de recomendacion, gobierna la Morea y ejerce una influencia grande en Egipto. En resumen, Ali es uno de los hombres mas poderosos del imperio turco. Cuando llegué á Janina, que es su capital, despues de un viaje de tres dias por las montañas, en un pais de una belleza agreste admirable, supe que estaba en Iliria con su ejército, sitiando á Ibrahim-Pachá en la fortaleza de Bénat. Habia sabido que un inglés de distincion iba á visitar sus estados, y habia dejado la orden de que se me preparara una casa y se me diera gratuitamente cuanto me fuera necesario. He hecho algunos regalos á los esclavos, pero no han permitido que pagara nada de lo que se gastó en mi casa. He montado los caballos del visir, y he visto sus palacios y los de sus nietos; son espléndidos, pero estan harto sobrecargados de oro y seda. He estado en las montañas de Zitiza, pueblecillo que tiene un monasterio griego en el sitio mas hermoso que he visto hasta ahora, excepto el de Pintra, en Portugal. Al cabo de nueve dias llegué á Tebelin. Nuestro viaje se prolongó porque los caminos habian sido cortados por los torrentes que caian de las montañas. Nunca olvidaré la escena singular que se ofreció á nuestra vista al entrar en el patio del palacio á las cinco de la tarde, cuando el sol descendia al horizonte. Salvo alguna diferencia en los trages, aquel espectáculo me hizo recordar el tiempo feudal y la descripcion que hace Walter Scot en la *Endechu del último Ministil*, del castillo de Branskome. Los Albaneses, con su traje magnifico, que se compone de un tonelete blanco muy amplio, de un sobretodo bordado de oro, de una chaquetilla y de un chaleco de terciopelo carmesí, cubiertos de galones de

26 DE MAYO DE 1850.



oro, dispuestos con un gusto esquisito, y formando toda clase de arabescos y dibujos variados; sus pistolas y sus puñales montados en plata; los tártaros con sus gorros altos y puntiagudos; los turcos con sus pelizas largas y sus turbantes; los soldados y los esclavos negros teniendo caballos del diestro; los primeros formados en una galería inmensa que había en la fachada del palacio; los segundos reunidos en una especie de soportales; doscientos caballos ensillados, prontos á echar á andar á la primera señal; correos que entraban y salían con pliegos; el ruido de los timbales; los gritos de los muchachos que anunciaban la hora desde lo alto de los minaretes; el aspecto bizarro del mismo palacio, todo ello ofrecía á la vista del viajero el conjunto mas pintoresco y bello que puede imaginarse. Fui conducido á una habitación suntuosa, y el secretario del Pachá vino á informarse de mi salud, según la costumbre turca. Allí me recibí al día siguiente. Me puse un uniforme completo de oficial de estado mayor y un sable magnífico. El visir me recibió de pie, lo cual es una distinción muy honorífica de parte de un musulmán, y después me hizo sentar á su derecha. He tomado para mi uso particular un intérprete griego, pero entonces, un médico de Ali, llamado Temliari, y que comprendía el latín, hizo sus veces. La primera pregunta del pachá fué que por qué había dejado mi país siendo tan joven. (Los turcos no tienen ni la menor idea de un viaje de placer.) Añadió después que el representante inglés, el capitán Peake, le había dicho que yo pertenecía á una familia distinguida, y me encargó que ofreciera sus respetos á mi madre: se los transmito á V., pues, en nombre de Ali-Pachá. Me dijo que estaba seguro de que yo era una persona de calidad, porque tenía las orejas pequeñas, el pelo rizado, y las manos blancas y pequeñas. No me ocultó tampoco que mi porte y mi traje le agradaban. Me rogó que le considerara como un padre mientras permaneciera en Turquía, asegurándome que él me miraría como un hijo. En fin, me ha tratado como á un niño, enviándome veinte veces por día almendras, sorbetes y dulces. Me encargó que le visitara con frecuencia, y por la tarde, que era cuando se hallaba mas desocupado. Me retiré después que nos dieron café y pipas. Le volví á ver otras tres veces. Es raro que los turcos, entre los cuales no existen ni dignidades hereditarias, ni familias ilustres, excepto las de los sultanes, hagan tanto caso del nacimiento de los extranjeros. Noté que mi genealogía pasaba siempre antes que mi título.

Pougueville, que ha sido mucho tiempo cónsul en Janina, Hobbouse y Luari Aughes, han dado también en sus descripciones de la corte de Ali una idea brillante de su lujo y de su poder. Pero en la época de su mayor prosperidad, cuando su fama, su riqueza y los numerosos aliados que se había asegurado parecían permitirle que confiara en una vejez y una muerte tranquilas, Ali no tenía confianza, sin embargo, en el porvenir: su peliza de honor pesaba mucho ya en sus hombros, y tenía la chispa. A pesar de su habilidad para trastornar los proyectos hostiles de los que tenían que vengarse de alguna de sus injusticias ó crueldades, á pesar de ser perseverante é implacable en sus venganzas, no ignoraba que se urdian tramas incesantemente contra él. En vano sus emisarios recorrían disfrazados la Grecia y el Asia menor: en vano sostenía una policía secreta en Constantinopla: bastaba que uno solo de sus enemigos, inteligente y determinado, consiguiera escaparse, para que viera cambiar toda su fortuna. Este hombre le hubo. Pachó-Bey, despojado por Ali de sus bienes y echado de Janina, después de esfuerzos inauditos, consiguió formar en Constantinopla una conjuración temible. Inspiró sospecha al sultan contra la ambición del pachá del Epiro: interesó su codicia mostrándole como una presa fácil los tesoros sepultados en Janina y Tepelini.

Ali, inquieto é irritado, trató de hacer asesinar á Pachó-Bey; pero uno de los asesinos fué cogido, y Ali recibió la orden de ir á dar cuenta de su conducta á Constantinopla. Este adivinó el peligro y no quiso obedecer: desde aquel momento fué resuelta su muerte. Un ejército, mandado al principio por Pachó-Bey, y después por Kourschid-Mehemet-Pachá, fué á sitiarte en su capital. Resistió mucho tiempo. Mas de una vez hizo cobrar desaliento á sus enemigos; pero la traición le quitó el apoyo de sus aliados y de una parte de su familia. Después de dos años se vió obligado á abandonar la ciudad y el palacio de Janina y á retirarse á la ciudadela. Era su último refugio: se defendió aun mucho tiempo; pero al fin, ya fuese cansancio y desaliento, ó política desgraciada y ciega confianza, se entregó á sus enemigos. He aquí cómo refiere uno de sus biógrafos (M. Beauchamp) la última escena de la vida de Ali-Pachá.

«Ali, encerrado en el castillo del Lago con un número escaso de hombres determinados á morir, declaró á Kourschid que su intención era pegar fuego á doscientos millares de cartuchos, y hacer saltar la fortaleza. Era esta una resolución formal é irrevocable. Día y noche, un turco llamado Selim permanecía en el almacén de pólvora con una mecha encendida en la mano, pronto á dar fuego á la

primera señal de su amo. Los tesoros de Ali estaban amontonados encima de los barriles.

«Kourschid recurrió á la astucia. Consiguíó convencer á Ali de que el sultan le perdonaba con la condicion de que se sometiera á él. Le indujo así á que se trasladara á la isla del Lago.

«Ali no tardó en arrepentirse de esta confianza, que tan solo puede explicarse por la triste posición á que se hallaba reducido. Kourschid le pidió que diera las órdenes para que Selim entregara la mecha.

«Ali respondió que al salir de la ciudadela había recomendado á Selim que no obedeciera sino á una orden verbal suya, y que una intimación por escrito no produciría efecto alguno en aquel servidor fiel; que era preciso, por consiguiente, que le dejarán á él ir á dar la orden.

«Kourschid rehusó prudentemente devolver á Ali su libertad.

«Después de repetidas y prolongadas instancias, sostenido Ali por un resto de esperanza, sacó del pecho la mitad de una sortija: «cuya otra mitad estaba en poder de Selim. «Id, les dijo, presentadle esto, y aquel leon feroz se cambiará en tímido y obediente cordero.» Efectivamente, al ver la señal convenida, Selim se prosternó, apagó la mecha, y fué muerto á puñaladas en el momento mismo. La guardia, ignorante de este asesinato, que tuvieron buen cuidado los enemigos de ocultar, é informada de la orden de Ali-Pachá, enarbó al instante el pabellon imperial y fué relevada por otro cuerpo de tropa.

«Era entonces la hora del medio día, y Ali-Pachá, retirado en la isla del Lago, sufría una opresión de corazón espantosa; pero sin embargo, su semblante no revelaba la menor alteración. En aquel momento solemne mostraba un continente firme y enérgico en medio de sus oficiales, que la mayor parte estaban desanimados y desfallecidos. Frecuentes bostezos que no podía reprimir, eran la única señal evidente de su impaciente incertidumbre y ansiedad. Miraba con frecuencia el puñal, las pistolas y el trabuco de que estaba armado. Estaba sentado enfrente de la puerta de entrada de la sala de conferencias. «Hacia las cinco de la tarde vió llegar con sombrío aspecto á Hassan-Pachá, Omer-Bey, al *seictar* de Kourschid-Pachá, y algunos otros jefes del ejército turco, con su séquito. Al verlos se levantó Ali con la impetuosidad de un joven, apoyadas las manos en sus pistolas de cintura.

—«¡Deteneos! ¿qué me traéis?» gritó con voz de trueno.

—«El firman de S. A.: ¿conoces estos caracteres sagrados?»

—«Sí, y los respeto.»

—«Pues sométete al destino: encomiéndate á Dios y al Profeta: tu cabeza es lo que pide.»

—«Mi cabeza, replicó Ali, ebrio de furor, no se entrega tan fácilmente.»

«Estas palabras, dichas con rapidez, son acompañadas de un tiro de pistola cuya bala rompe un muslo á Hassan. Rápido como el relámpago, Ali tira otros dos pistoletazos que matan á dos de sus adversarios; ya se había echado á la cara su trabuco cargado con infinitas postas, cuando el *seictar* en la refriega (los partidarios de Ali defendían á su amo con furor), le atraviesa el abdomen de un balazo. Otra bala le atraviesa el pecho, y cae gritando á uno de sus sicarios: «Vé... corre... amigo mío, vé á matar al instante á la pobre Vasiliki, para que no sea esclava de estos perros.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, espiró, después de haber muerto ó herido á cuatro de los principales oficiales del ejército turco. Su cabeza fué separada del cuerpo, embalsamada, y remitida á Constantinopla por Kourschid. El sultan la hizo llevar al serrallo, y la mostró al divan reunido; la pasearon en triunfo por toda la capital. Después fué colocada á la vista del público encima de la puerta grande del Serrallo con esta inscripción: «Hé aquí la cabeza de Tepelenli-Ali-Pachá, traidor á su culto y á su soberano. Los sectarios del islamismo están libres por fin de su astucia y tiranía.»

## EL TEMPLO DE SANTA MARIA DE LA ASUNCION,

EN MEDINA DE RIOSECO.

Era el siglo XIV: tiempo había que la vencedora espada de los reyes de Leon incorporara á su corona las féculdas tierras de Campos de los godos, dejando florecer tranquila y libremente en ellos la fé de Recaredo. La guerra sonaba lejana en otras comarcas, y los hijos del Profeta iban cediendo palmo á palmo el campo inmenso de su rápida y sangrienta conquista. Y los pueblos castellanos, repuestos en parte de las pasadas malandanzas, y desarrollándose al impulso de las victorias, diéronse á erigir nuevos altares al Dios de los cristianos, al son de los ecos triunfales que desde las márgenes del Tajo y del



Guadiana traian los vientos á las fértiles campiñas del Duero y del Arlanza. Este era, en efecto, un suceso de muy natural esplicacion. Dominando en el espíritu de aquellas generaciones el entusiasmo religioso, identificado con el elemento nacional, las fuerzas de la sociedad se empleaban en la expresion formal de aquel doble principio de vitalidad. Por eso, al arrojar en la pelea los héroes de la antigua monarquía, invocaban al Apóstol del Señor; y por eso también cada triunfo arrancado á las huestes del Califa se celebraba con la ereccion de un templo, de un monasterio, de una catedral, cual otra nueva

página en la inmensa epopeya de la España heroica, como eterna ovacion de gratitud nacional al Dios de Covadonga y de las Navas.

A estas influencias generales de la época, unidas si acaso á otras circunstancias de relacion local, debió sin duda su origen el antiguo y suntuoso templo de Santa María de la Asuncion en la entonces villa de Medina de Rioseco. Obliganos á recurrir á la inteligencia filosófica de aquella civilizacion, para deducir mas ó menos aproximadamente el fundamento de esta notable obra, la falta absoluta de datos y documentos en que apoyar nuestros juicios. ¡Mentira parece



(Templo de Sta. María de la Asuncion, en Medina de Rioseco.)

hayan llegado el abandono y el desórden hasta el punto de no existir los antecedentes históricos de la fundacion del templo! Y sin embargo, nada mas cierto. Asi, pues, nuestro artículo no puede llevar la riqueza de datos, que tanto se aprecia en esta clase de descripciones. Porque, á pesar de nuestro deseo y diligencias, nos vemos, con profundo sentimiento, reducidos á la mas completa oscuridad respecto de aquellos particulares, y sin mas guia que las pequeñas noticias que hemos podido deducir de las tradiciones vulgares, y de nuestras propias observaciones artísticas sobre la fisonomía y carácter de la obra en sí misma.

La construccion del templo se remonta, como hemos querido indicar, al siglo XIV. La villa entonces pertenecía á la corona; y aunque en el último tercio del mismo salió del poder realengo para entrar en el señorial, por donacion que hizo cerca del año 1370 don Enrique II á doña Juana de Castilla, su hermana, en calidad de dote, cuando contrajo matrimonio con don Felipe de Castro, rico-home aragonés, estos nuevos señores no parece contribuyeron en nada á la construccion, que fué costeada por el Concejo y vecinos de la opulenta y populosa villa.

La situacion topográfica del templo fué, por cierto, discretamente



elegida. Asentada la población en un terreno desigual y señoreado por dos pequeñas lomas, ocupa aquel la mas prominente de ellas, que se alza en lo que era entonces el punto céntrico y culminante de la localidad, resultando de aquí que el edificio se eleva sobre ella como un coloso, á cuyas plantas se agrupan en humilde falange los vetustos y multiformes edificios de la ciudad. Ocupaba esta en aquel tiempo considerable estension, y sus moradores podian concurrir cómodamente á la nueva parroquia, que, por razon de su asiento, tenia una capilla donde se venera aun la imagen de *Nuestra Señora de Medavilla*. Esta circunstancia hace creer que los fundadores de *Santa Maria de la Asuncion* la erigieron como única iglesia parroquial para el servicio, así de la villa como de los arrabales. Y tal sucedió, efectivamente, durante el transcurso de dos siglos. Vámonos á su parte material.

La planta general del templo es un espacioso cuadrilátero, cerrado en su parte superior por una curva que quiebra la rectitud de sus ángulos. Su decoracion es gótica, caracterizada con pureza y severidad. Divídese el vastísimo perímetro en tres zonas longitudinales, divididas por sendos pilares en forma de robustos fascas, que forman dos galerías paralelas, donde se sostiene la elevada bóveda de traza elíptica, fortalecida con aristas, dispuestas en graciosos y variados dibujos, y guarnecida con medallones de estuco. No se halla el templo recargado de adorno en su tipo ni en sus accidentes de ejecucion: antes bien, realzan mucho su belleza artistica la magestuosa sencillez y severa elegancia de su perspectiva. Las dimensiones interiores son de 170 pies castellanos de longitud por 80 de latitud, y proporcional elevacion; dividiéndose la proporcion transversal en tres naves, de las cuales tiene la central dos cuartas partes, y una respectivamente cada lateral. En el primer tramo de la derecha está la famosa *capilla de los Benaventes*, construida por *Alvaro Alfonso* en 1546: primoroso monumento del arte, construccion admirable de una piedad opulenta, cuya descripcion omitimos aqui por tenerla ya consignada en las columnas del *Semanario* con un artículo especial.

Sobre la plataforma del presbiterio álzase el magnífico retablo mayor, que merece particular y detallada mencion. Es obra del famoso *Jordan*, y hace mucho honor á su nombre. Consta de tres cuerpos de arquitectura perfectamente ejecutados. El primero es *corintio*, el segundo *compuesto*, sustentado por una pilastrada de *cariátides*, y el último *toscano*. Contiene porcion de targetones en alto y medio relieve, con pasajes de la historia de la Virgen á quien está consagrado, y considerable número de estatuas de apóstoles y de reyes hebreos, todas buenas y algunas excelentes, un primoroso grupo de la coronacion de *Maria Santísima*, y una hermosa y colosal imagen de la *Asuncion*. En los relieves se hallan deliciosos trabajos, así por la concepcion de los cuadros como por la habilidad y gusto de su desempeño. Nos detendríamos demasiado si fuésemos á especificar todas las bellezas de escultura que atesora esta hermosa creacion de *Stefano*, ya bien conocida por los hombres del arte. Pero no podemos dispensarnos de decir que estos preciosos detalles, resaltando sobre la decoracion rica y magestuosa de su arquitectura, forman un conjunto lleno de grandeza, de hermosura y de perfeccion. Dos inscripciones que hay esculpidas en sendas targetas dan á conocer claramente la época y el autor de la obra. En la del lado derecho se lee

STEPHANUS JORDAN PHILIPPI II REGIS CATOLICI SCULTOR EGREGIUS  
FACIEBAT ANNO DOMINI MDXC.

Y en el lado opuesto hay la siguiente letra, que por su sentido es un período de continuacion á la anterior.

ET PETRUS DE OÑA PICTOR EJUS GENER. DEPINXEBAT EXPENSIS ECLESIE  
ANNO DOMINI MDCIII.

La parte esterna del templo corresponde en magnificencia á su vista interior. La perspectiva pintoresca está en la cortina izquierda, de E. á S. sobre la antigua plaza de la *Contratacion*. Entre dos grandes agujas cónicas, talladas de escarolados y recortes, ábrese un espacio arco de punto menor, guarnecido por una serie de elipses sobrepuestas, de las cuales se desprende la última en ángulo sumamente agudo, que termina por un elegante florón. Está además sembrado en toda su linea superior por una sarta de rosetones de filigrana, que se destacan ligeros y diáfanos sobre una galería de lindísimos ojivos, que arrancan á su vez desde la curvatura del arco fundamental, en los ángulos que forma en su confluencia con las pirámides laterales y ascendentes hasta el último tramo de la portada. Sobrepónese á esta galería otra de diminutos semicírculos; y entre esta y la anterior llena los intersticios de los arcos un collar de florones del mejor efecto. Continúa la obra tomando la elevacion y variedad con un tablero de casetones, en cuyo centro se ostenta el escudo del *Almirantazgo* de Castilla flanqueado por dos águilas rapantes, y colocado entre otros dos escudos con el blason de la ciudad. Y ter-

mina la vista por un cornisamento exornado con un gracioso feston y coronado por tres capiteles de flexibles y ligeras formas. Elegante es en verdad el dibujo de esta portada que damos en el grabado, y hay en su desempeño notable limpieza y esquisita prolijidad. Así las esbeltas agujas enlazadas con remates de lozana crestería, y que flanquean toda la decoracion, como los florones, grecas y follages afligranados de su adorno, reunen, á un gusto muy puro y distinguido, una disposicion perfectamente estudiada y un efecto de muy agradable impresion.

Al extremo derecho de la vista, que vamos describiendo, se eleva la gallarda y arrogante torre, que se apoya en el muro inferior del templo. Bien merece singular expresion. Derruida en principios del siglo pasado la primitiva, que debia ser una hermosa aguja gótica, se trató de reemplazar su falta con una nueva construccion. Y efectivamente, sobre los mismos arranques de aquella, se erigió la que hoy existe, con tan feliz estrella que, á pesar de haberse fabricado en una época que la arquitectura española se hallaba en lamentable estado de mala ventura y degeneracion, hay noble sencillez en su estilo, decorosa bazarria en su forma general, y bastante inteligencia en sus detalles de adorno, en sus accidentes de composicion. No es en verdad una obra griega: pero es una bien imaginada reminiscencia de los tipos puros; hay en ella un sello, una asimilacion de los buenos tiempos del arte. Consta de seis cuerpos de arquitectura, que tienen por base superficial un cuadrado de 30 pies castellanos, y lo mismo en su zócalo, constituido por el primero de aquellos alzados. Desde el nivel del cornisamento, que corona los muros de la iglesia, desarróllanse el segundo y tercero muy semejantes en su forma y adorno, que consiste en una pilastrada que tiende á la raiz greco-romana, y en cuyos intersticios se abren arcos de medio punto bajo leves y sencillos cornisamentos. En esta altura la torre hace una espaciosa plataforma circuida por un vistoso antepecho, en cuyos cuatro ángulos descuellan elegantes flamerones en jarrones de primorosa hechura, ostentando en cada centro respectivo un lindo adorno, donde el artista esculpió algunas místicas alegorias. — Abandonando aqui el cuadrado por el polígono, levántase una especie de templete octógono sostenido por medias pilastras, calado por lindos arcos y coronado por un fileton, de donde arrancan unos florones á guisa de heráldica corona. Un tanto recargado de guarnicion este cuerpo, presenta, sin embargo, muy agradable aspecto por la gallardia de la pilastrada, la buena imaginacion de los detalles, y la transparencia y osadia que le prestan sus bonitos y bien cortados medios puntos, que dando paso á la luz, y combinando en aérea perspectiva la variada contraposicion de sus lineamientos, la dan la apariencia de una glorieta diáfana y vaporosa; de un fanal suspendido en los espacios del viento y de la claridad. Montada sobre este tramo se halla la esbelta cúpula, en forma de campana, exornada con graciosa sencillez; y á la cual se sobrepone un precioso cupulino ó linterna, que, por su gallardia, por la riqueza de su estilo y por lo delicado de su fábrica, parece há de quebrarse al soplo del viento, cual frágil arbusto mecido sobre la cumbre de las montañas. Es imposible sacar en un dibujo de pequeña escala su prolija y esmerada exornacion, así por la multiplicidad de sus accidentes como por la inmensa altura que no permite registrar todos sus detalles. La torre, en fin, termina cónicamente con una pirámida muy bizarra, donde se sostiene el enorme globo de la colosal veleta, que forma una flámula tendida á los aires, cual sobre el mástil de un poderoso navio pronto á cruzar la inmensidad del espacio. — Tal es en suma la celebrada torre de *Santa Maria de Medinilla de Rioseco*, que no tememos clasificar como una de las mas bellas y ostentosas de España; y que quizá seria la primera si hubiera tenido lugar su creacion en una época que la arquitectura hubiese podido imprimirle un tipo radical y puro. Pero aun así, sin ser una obra característica de las grandes escuelas, todavia hace honor al arte. Hay en ella tanta lozania y noble traza, es tan esbelta y graciosa, se halla en su decoracion, á pesar de su falta de filiacion típica, cierta tendencia clásica y cierto aire de buena inteligencia y distincion, que la hacen digna de un buen lugar en el album de los artistas. — El autor de ella debió ser don Pedro Sierra Oviedo, arquitecto, — hijo de esta ciudad — que lo es tambien de un plano alzado para ella en 1737, aunque la obra no está ajustada á él, lo cual es muy de sentir. — Reconstruyóse, á costa del vecindario y fábrica de la iglesia, por los mismos años, en hermosa sillería, y por una altura de muchísimos pies castellanos

Circunda el templo un orden de pilastras, que en su parte superior tienen elegantes festones entrelazados en forma de colgaduras, que hacen muy bien al conjunto de la decoracion. Entre ellos hay dos jarrones de gran mérito, uno en particular: pues situado en el ángulo superior izquierdo del templo, sostiene todo el peso de la fábrica, y se pierde en el muro, al aire, sin basamento ni arranque alguno sobre el terreno. — Es muy sencilla la portada de O. á N.



que se compone de un fileton de mensolas góticas coronado de su simple cornisamento.—Le falta al templo un andan calado de rosetones, que debia coronar todo el murallaje, y los botareles que habian de dar remate á las pilastras exteriores, segun el sistema de construcciones recibido en la edad media.—¡Lástima es por cierto que la ausencia de estos pequeños detalles no permita á la obra todo el lucimiento y elegancia que son propios de su indole! ¡Y lástima tambien que la incuria mas vituperable nos prive de saber el nombre del artifice, que ideó y dirigió esta notable obra, como de otros muchos pormenores curiosos y dignos de la memoria de las gentes!... El olvido les cubre con su manto de sombras. Y solamente queda á nuestra vista el monumento de su genio, como un testigo secular de la piedad y de la opulencia de nuestros abuelos, como una reminiscencia elocuente de lo que fuera en otros dias la antigua EMERITA, y cual una página, en fin, de su misteriosa crónica escrita en granito por la mano de las artes para el viajero y para el historiador.

v. GARCIA ESCOBAR.

### FR. BARTOLOMÉ DE LAS-CASAS.

Enojosa tarea hemos emprendido al querer bosquejar la biografía de un hombre, cuya celebridad es tanto mas extraña, cuanto que siendo para unos objeto de encomios y alabanzas, y para otros de vituperio, no puede fijarse con certeza un juicio razonado é imparcial acerca de los actos que le han valido semejante celebridad; pero uniendo nuestras fuerzas con el deseo que nos anima de esclarecer la verdad, acometimos la empresa por si al menos sirve de estímulo á otra pluma, que mejor cortada, pueda vindicar el honor ultrajado de nuestra naciou.

Cuando los españoles llegaron al nuevo mundo, desde luego fundaron algunas poblaciones en los puntos mas ventajosos, ya para el comercio, ya para su seguridad; pero siendo su número muy limitado para llenar todas las necesidades de las colonias, echaron mano de los naturales del país para los trabajos del campo, y principalmente para el laboreo de las minas, que entonces se reputaba el principal objeto de las expediciones. Los gobernadores de aquellos países habian autorizado la especie de esclavitud en que se ponía á los indigenas, distribuyéndolos como en la antigua Roma á proporcion de los méritos y valer de los conquistadores y colonos, á lo cual se dió el nombre de repartimientos. Mas, á pesar de conservarse en Europa muchos restos de esclavitud, levantaron su voz en favor de los indios la mayor parte de los eclesiásticos residentes en América, distinguiéndose mas particularmente los PP. Dominicos, cuyos esfuerzos secundó Bartolomé de las-Casas.

Nacido en Sevilla en 1474, pasó la primera vez á las Indias en compañía de su padre Antonio, á los 19 años de edad en el de 1495, permaneciendo en aquellos países por espacio de cinco años, pues en 1498 volvió á España á continuar sus estudios, decidido á abrazar el estado eclesiástico. Recibidas las sagradas órdenes, volvió á embarcarse para América en 1510, y muy luego le encargaron el curato de Zeguamara en la Isla de Cuba; pero el deseo de trabajar en la libertad y alivio de los indios le hizo abandonar su parroquia en breve tiempo. Desde luego trató de oponerse á los nuevos repartimientos; pero viendo que sus amonestaciones eran infructuosas, se vino á España á representar sobre este negocio al gran Cisneros, regente del reino á la sazón, por muerte de Fernando el Católico. Ya en tiempo de este rey se habian expedido algunos reglamentos para bien de los indios y tranquilidad de la colonia, turbada por estas disensiones; por lo cual, considerando el cardenal la importancia del asunto, despues de un maduro exámen resolvió enviar á América tres comisionados revestidos de ámplios poderes para poner fin á la cuestion, escogiendo como ajenos al espíritu de partido tres sujetos de la orden de san Gerónimo bastante probos é ilustrados, á los cuales asoció á Zuazo, jurisconsulto de singular mérito, encargando á Las-Casas los acompañase con el título de Protector de los indios. Llegados á su destino, mostraron un conocimiento profundo de los negocios, oyendo á todos, comparando los informes, y resolviendo, despues de un maduro exámen, que el estado de la colonia hacia impracticables los deseos de Las-Casas, porque siendo el número de españoles muy corto para el beneficio de las minas y cultivos, y teniendo los indios por su anterior vida una aversion natural al trabajo; era preciso valerse de la autoridad para obligarlos á él; además que en libertad, su indolencia no les dejaba instruirse en las verdades de la religion, por lo que entre dos males extremos era prudencia permitir los repartimientos, pero suavizando por medio de reglamentos el trato de los indios, y amo-

nestando los colonos en los sentimientos de dulzura y equidad para con aquellos cuyos trabajos eran tan necesarios.

La feliz solucion de este negocio no pudo menos de agradar á todos, escepto Las-Casas, á cuyo celo exagerado no pudieron convenecer las consideraciones que movieron á los comisionados. Tan vehementes fueron ya sus declamaciones, que mas de una vez se vió espuesto, teniendo que refugiarse á un convento; pero viendo que nada adelantaba en aquel país, partió para Europa, resuelto á proseguir sus gestiones con mas tenacidad. Recibido por el emperador Carlos V., no pudo obtener sino algunos reglamentos para alivio de los indios. ¡Tan convencida estaba ya la corte de lo descabellado de los proyectos de Las-Casas! Pero éste, por una de aquellas aberraciones del entendimiento humano, llegó á proponer se reemplazasen los naturales en el laboreo y trabajos agrícolas por medio de negros trasladados del Africa, queriendo de este modo, por libertar á un pueblo, esclavizar á otro. Su plan, para desgracia de la humanidad, fué adoptado, y aquel mismo hombre que se tituló protector de los indios, puede decirse fué el opresor de los africanos. Los filántropos extranjeros que han puesto á Las-Casas sobre las nubes, no han reparado en esta inconsecuencia; se encontraron en él armas para calumniar á la España, y esto bastó.

No cejó, sin embargó, Bartolomé en sus continuas representaciones y proyectos durante el reinado de Carlos V.; pero no sacó mas fruto que algunas leyes conducentes al mejoramiento de condicion de sus protegidos. Leyes, que el celo de los monarcas sucesivos, sin necesidad de otros Las-Casas, ha procurado tengan debido cumplimiento en cuanto lo han permitido la distancia y vicisitudes de las colonias. Oprimido finalmente del sentimiento que le causó el asesinato de los colonos y el saqueo que los indios ejecutaron en una espion de falansterio que habia establecido en Cumaná, bajo la proteccion del Gobierno español, se encerró en el convento de Dominicos de la Española, en el cual tomó el hábito en 1532.

Pero un suceso ruidoso, en aquella época de controversia, hizo que el nombre de Fr. Bartolomé de Las-Casas resonase en toda Europa. La corte de España se encontraba en Valladolid, y el Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, queriendo patrocinár la causa de los que estaban por la esclavitud de los indios, escribió un libro en el cual se sostenian proposiciones algo avanzadas. Su obra en forma de diálogo salió á luz en Roma, y jamás pudo obtener el permiso de imprimirla en España, tanto por los obstáculos que le suscitó Las-Casas, cuanto por las decisiones de las universidades de Alcalá y Salamanca, que declararon que su doctrina no era la mas sana. Informado Carlos V de que á pesar de sus prohibiciones, se habia impreso en Italia, trató de impedir su circulacion, mandando recoger todos los ejemplares, lo cual se verificó, á escepcion de unos pocos que se salvaron. Bartolomé, que en el año de 1544 se habia visto en la precision de aceptar el obispado de Chiapa en Nueva-España, tomó por provocacion el libro de Sepúlveda, y escribió en su refutacion unas memorias intituladas *Breve relacion de la destruccion de los indios etc.*, la cual traducida en francés por Santiago Mignodde, fué impresa en 1532, además de otra version que se imprimió en Paris en 1697. Esta misma obra en latin, se publicó en Francfort en 1598 y en italiano de la traduccion de Santiago Castellani en Venecia en 1645. Este libro, que puede decirse el arsenal de donde los enemigos de la España han tomado armas para combatir sus glorias, contiene primeramente una noticia de las crueldades ejecutadas por los españoles en los reinos y provincias de Indias. En segundo lugar, un memorial del autor á Carlos V, en el cual se queja de las injusticias, vejaciones y crueldades de los gobernadores de aquellos países, concluyendo con treinta proposiciones acerca del poder del Papa sobre las naciones infieles, etc.

El abate D. Juan de Ruiz en sus *reflexiones imparciales*, dice que se puede dudar si es apócrifa esta obra atribuida á Las-Casas, y cita el parecer del I. P. Fr. Juan Melendez en su *verdadero tesoro de las Indias*, de que algun francés enemigo de nuestras glorias la imprimió bajo el nombre de Las-Casas, no en Sevilla como se quiere hacer creer, sino en Leon de Francia. No nos desagrada esta opinion, y aun nos atrevemos á decir que dicha obra parece escrita por algun protestante solapado, no tanto para calumniar á nuestra nacion, que entonces era el azote de la heregia, cuanto que para disminuir el efecto que produjese una obrita publicada en latin en la misma época, titulada *Theatrum Crudelitatum Hæreticorum*, en la cual se pintan con los colores mas vivos las crueldades cometidas con los católicos por los secuaces de la reforma en los Países-Bajos, Inglaterra y Francia.

Mas aunque el mismo Las-Casas hubiese escrito la obra en cuestion, examinése su contesto, y se verá que ninguna fé merece, por los hechos fabulosos é increíbles que en ellas se encuentran, y por oponerse sus relatos á autores mas dignos de fé, colocándole sus disparatadas ponderaciones fuera de toda verosimilitud. Pero nótese otra



inconsecuencia: los émulos de nuestras glorias, y entre ellos el abate Raynald, creen como un oráculo cuantas atrocidades se imputan en ella á nuestros compatriotas, y tienen por un absurdo las patrañas que contiene de cálculos de población, riquezas y cultura de los americanos. En ella se pintan á los españoles tan crueles y sanguinarios, que dudamos haya salido de las prensas escrito mas horripilante; por el contrario los indios, según el autor, eran inocentes, sin maldades ni dobleces, humildes, pacientes y pacíficos; pero véase el retrato que de estos hombres candorosos hace un célebre historiador de nuestros días (1), que no ha dudado en dar crédito á las falsedades del supuesto memorial.

«Conservábanse feroces (los Indios) caprichosos y tenazmente afe-  
rrados á sus supersticiones, escuchaban las palabras de los Padres  
con apatía ó desconfianza, y luego cuando no sabían qué razón  
oponer á sus instancias para que renunciasen á sus costumbres sal-  
vajes, la mayor parte de ellos desaparecían. Internábanse de nuevo  
en sus bosques y montañas con riesgo de caer entre las manos de  
los españoles, prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos go-  
ces de la civilización cristiana. A veces también dejándose llevar  
por su crueldad instintiva, concebían criminales sospechas y se su-  
blevaban contra los misioneros, quienes se esponían á todos los ul-  
trajes, á fin de preservarlos de los insultos exteriores. Esa existencia  
de tribulaciones, á que se condenaban los Padres en su favor, no  
producía en su alma mas que una impresión pasajera. Admiraban  
su caridad siempre activa, pero sin dejarse vencer por ella: para  
ellos el derecho de ser libres no era mas que el de hacer guerra á  
sus vecinos y de vivir en el abandono; y por lo mismo se aprove-  
chaban de todas las circunstancias para volver á su existencia er-  
rante.»

Nos detendríamos con gusto en analizar y poner á la vista de  
nuestros lectores las falsedades que se contienen en la referida memo-  
ria; pero no es de este lugar, y basta el buen juicio de cualesquiera,  
sea español ó extranjero, para su completa refutación, llevando dicho  
libro en sí mismo el correctivo. Baste decir que las crueldades y tor-  
mentos que leemos con asombro en las persecuciones del Cristianis-  
mo, en las cuales al menos se descubre un fin político, son niñerías  
comparadas con las ejecutadas por los españoles en América por mero  
pasatiempo. Que en toda conquista se han cometido excesos por al-  
gunos particulares, todo el mundo conviene, y convenimos también  
que en la de las Indias se propusieron algunos españoles: pero, valiéndonos  
de las palabras de un hombre respetable, «¿Quiénes eran  
estos hombres atroces que merecen la indignación de la humanidad?  
A escepcion de un corto número de capitanes apreciables por su buena  
conducta, los ejércitos no se componían entonces sino de gentes  
vagas, bárbaros aventureros, reos condenados por sus delitos á es-  
tas expediciones: esta canalla indisciplinada solo respiraba revolucio-  
nes y pillages. Pero esta junta monstruosa era la Nación? ¿Y se le  
pueden atribuir delitos que detesta y procura reprimir con los regla-  
mentos mas severos? Fernando el Católico y sus sucesores acudían  
todos los días al socorro de los infelices indios; pero la distancia  
impedía la observancia ó duración de las leyes. Todos convienen hoy  
en la inexactitud de Fr. Bartolomé de Las-Casas; su celo no le puede  
justificar de sus exageraciones: por otra parte él carecía de los co-  
nocimientos necesarios.» Permitásenos esta digresión á que nos ha  
llevado ver reproducidas en nuestros días las imposturas del me-  
morial.

También escribió Las-Casas una obra en latín, en la cual se exa-  
mina la cuestión de «Si los reyes ó príncipes pueden en conciencia  
en virtud de algun título ó derecho emagenar los súbditos de la corona  
sometiéndolos al dominio de cualquier particular.» Esta obra que se  
ha hecho muy rara, se imprimió dos veces en Alemania, la primera  
por Wolfango Griesteter, y la segunda en Tubinga en 1625 en la im-  
prenta de Bernardo Weldio. Mr. Dupin dice que el autor ha tocado  
en esta obra unos puntos muy delicados y curiosos, ventilando los  
derechos de los príncipes y los pueblos, y aduce algunos principios  
y máximas que el autor sostiene contra las decisiones de los dere-  
chos civil y canónico y la autoridad de los jurisconsultos y doctores.  
Se cuentan también de Las-Casas otras obras que no han visto la  
luz pública, y entre ellas una *Historia general de las Indias*, de la  
cual se aprovechó Antonio Herrera para componer sus *Decadas* (2).  
Finalmente Bartolomé de Las-Casas, este hombre de funesta celebri-  
dad para su patria, después de cincuenta años de trabajos llevados  
á cabo con un celo exajerado, después de muchos viajes y algunas  
persecuciones que se acarreó, renunció su obispado en manos del  
Papa y se retiró á Madrid, donde murió en 1566 á los noventa y dos  
años de edad.

FRANCISCO W. PLAZA.

(1) Grefineau Joli, *Historia de la Compañía de Jesús*.

(2) Así no debe extrañarse el hallar referidos por los historiadores nacionales, entre ellos Herrera, algunos hechos conformes con los que contiene el memorial.

## ESTUDIOS

### SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

#### CUADRO SEGUNDO.

#### ¡Cuando el río suena!

##### VIII.

##### El Garito.

Después de una discusión harto viva entre don Antonio que de-  
fendía á Sotopardo del cargo de prolijidad y afición á las disertacio-  
nes, y don Diego que sostenía la acusación con su acritud acostum-  
brada, acudiendo juntos á la reunión Alfonso y su amigo, tomó este  
la palabra para proseguir su historia en la forma siguiente:

Sotopardo: No sorprenderá á VV., señores, que un hombre jóven,  
ya capitán, y con medios para vivir holgadamente, aprovechase la  
oportunidad que le ofrecía la paz, la licencia de que disfrutaba, y  
su estancia en la Corte para lanzarse con avidez á todo género de  
placeres y distracciones. Aunque atacado ya de la enfermedad de la  
misantropía, los instintos juveniles luchaban aun entonces con ven-  
taja, y si mi lengua era satírica, mi corazón no por eso dejaba de  
ser harto impresionable. Digo esto por vía de esplicación previa á lo  
que por decir me queda, y voy á ser hoy mas económico de refle-  
xiones que lo fui la tarde anterior.

«Tengo, con todo, que confesar á VV. que, despreciando yo el  
dinero, ó por lo menos no sintiéndome hácia él inclinación ninguna,  
el juego me agradaba mucho mas de lo que fuera razon. — ¿Por  
qué? — No acierto á explicarlo si no digo que, necesitando mi espíritu  
de violentas emociones, las buscaba donde mas fácilmente podía  
encontrarlas; pues, en efecto, los lances del juego, cuando no la  
codicia, interesan siempre y poderosamente el amor propio. Por otra  
parte, como al jugador no se le pide, donde se juega, mas de que lo  
haga y pierda ó gane sin molestar á nadie ni con la insolencia del  
triunfo, ni con el abatimiento de la derrota, la juventud halla en las  
casas de juego una libertad onnmoda, incompatible con las reglas  
del simple decoro en cualesquiera otra reunión de gentes civilizadas.  
En ninguna parte es mas poderoso el espíritu de individualidad que  
en el juego, donde el egoísmo se hace siempre cínico y hasta feroz.  
No hay allí consideraciones de ninguna especie; cada cual está por  
sí y contra todos; y como el bien de uno no puede menos de ser el  
mal de los otros, sucede que, con el transcurso del tiempo, el jugador  
infeliz se convierte en el mas degradado de los hombres, y el  
afortunado en el mas altanero y empedernido de los seres. — Si algo  
puede dar idea del supuesto estado salvaje de la especie humana, es  
el juego; pues en él la fortuna ó la fuerza lo son todo; la fortuna por-  
que dá el dinero, la fuerza porque ella sola protege contra la insolencia  
del que gana y la desesperación del que pierde. — Como quie-  
ra que sea, yo tuve la desdicha de aficionarme al juego, en el cual,  
ya por buena suerte, ya porque los Griegos no quisieran esponerse á  
las consecuencias de un lance con quien pasaba por diestro en las  
armas, no llegué nunca á perder sumas cuantiosas, si bien tampoco  
gané dinero para acrecentar mi caudal. Con eso, con mi mal genio,  
y con no ser avaro, llegué á tener entre los jugadores una importan-  
cia de qué hoy me avergüenzo, pero que entonces me agradaba,  
sirviéndome además para que no se estableciese partida alguna sin  
que conmigo se contara en primer término.

Aconteció, pues, ya muy entrado el año 16 del siglo que corre,  
que me avisaron cierto día de que en la noche del mismo debía inau-  
gurarse una partida en la casa de cierta Señora de circunstancias, don-  
de, amen del monte, se nos ofrecía la sociedad de una linda muchacha.  
Si lo primero me atraía, lo segundo ciertamente no me alejaba,  
y por tanto acepté desde luego y con gusto el convite. ¡Plugüiese á  
Dios que nunca tal casa pisara! Pero estaba sin duda escrito, como  
dicen los musulmanes, y acudí puntualísimo á la cita.

Son ya bastantes los años que de lo que voy á referir á VV. me  
separan, y sin embargo, y á pesar de las canas que cubren mi cabeza,  
palpítame el corazón al recuerdo de aquella noche que tan triste in-  
fluencia tuvo en mi vida, como si del día de ayer se tratase.»

Mientras así decía, conocíase, en efecto, que Don Carlos se ha-  
llaba sinceramente afectado; pero después de estrechar cariñosamen-  
te la mano que Alfonso le tendió por su parte con sincera efusión,  
anudó el hilo á su interrumpido cuento, con voz serena y sosegado  
tono.

«Serían como las nueve de la noche cuando sali del café con uno  
de mis compañeros que á la sazón se hallaba en Madrid también con  
licencia.

Alfonso. ¿Mendoza?

Don Diego. ¿El marido de la Matildita?

Sotopardo. El mismo; y digo que salimos juntos del café para di-



rigirnos, como lo hicimos, á casa de la Señora de circunstancias, que ninguno de nosotros conocia de vista siquiera. Pero las Señoras de circunstancias que tienen juego en su casa, son siempre bastante amables para recibir á todo cristiano que quiere arriesgar su dinero á un albur ó á un entrés.

Así, cuando penosamente, y á la luz de un farolillo de una cuarta en cuadro, y compuesto de opacos verdosos vidrios, hubimos subido hasta setenta escalones mas elevados que limpios, en cierto casuco de la calle de la Sarten, fuimos acogidos con cordial hospitalidad en el piso tercero que habitaba la tal señora.—La antecala era chica, pero como en cambio no habia en ella mueble alguno, estaba desembarazada; la sala, el gabinete y la alcoba, sin estera, aunque nos halláramos en el invierno, tenían sin embargo la temperatura de un horno de porcelana, porque siendo ellas capaces de contener hasta una docena de personas, encerraban ya tres veces aquel número cuando nosotros entramos; y á mayor abundamiento se columpiaban graciosamente entre las bovedillas del techo y los sombreros de los circunstantes (todos estaban cubiertos), ciertas nubes de humo de tabaco no muy refrigerantes. Añádase el alumbrado de sebo y mal aceite, y se tendrá idea de la atmósfera caliente, crasa y mefítica de aquella espelunca de jugadores.

La mesa estaba en medio de la sala: tallando en ella un vejezuelo arrugado y frágil como si de vidrio fuera, en cuyas descarnadas manos parecían los naipes cabalísticos signos de conjuro, pero que cuando alzaba los ojos del tapete para fijarlos en la concurrencia, producía, al menos en mí produjo, una impresión análoga á la que causan las eléctricas pupilas del gato en la oscuridad contempladas. Si digo que la cara de aquel hombre me pareció una calavera cubierta con una malla hecha de tendones y cartilagos, no exagero, señores; pues tan descarnado tenía el rostro, tan prominentes los huesos, tan marcadas las cuerdas, que pudieran muy bien contarse estas y dibujarse aquellos. A primera vista le tuve por pequeño: una ó dos veces que se enderezó, alzándose sobre los puntos como la víbora entre las yerbas que la ocultan, parecíame de aventajada estatura. Su mirar y acento habituales eran insignificantes, bajos, hasta serviles, si se quiere; pero en las tallas felices brillaba en sus ojos un gozo, dilatada sus labios una sonrisa, en que la expresión maligna dominaba sobre la de la natural satisfacción en el que gana; y si por el contrario la suerte le maltrataba, Lucifer pudiera envidiarle el aspecto iracundo y ponzoñoso que tomaba.

Dejémosle por ahora, y hablemos de otros personajes no menos importantes.—Detrás del banquero, en segundo término, y siguiendo con inquieta y evidentemente interesada curiosidad todos sus movimientos, veíase á una mujer de dudosa edad, bien conservada, friamente bella, y mas compuesta de lo que el lugar y la ocasión prometían; y á su lado otra mucho mas jóven, hermosa como hasta entonces no habian mis ojos visto mujer alguna.

Mirélas á entrambas con la insolente curiosidad á que el parage me autorizaba: la de mas edad hizo frente á mis miradas con el aplomo que da la experiencia; la mas jóven bajó los ojos, como si se ruborizara; pero hizo lo de modo que no se le escapase una sola de mis sucesivas ojeadas.

Yo, sin embargo, iba á jugar, antes que á todo, y sabia á mayor abundamiento que beldades de garito nunca son de difícil conquista, sobre todo cuando se gana: así pues, no curándome del bueno de Mendoza, que se quedó como en éxtasis ante la desconocida hermosura, ni tampoco mucho de ella misma, abríme paso hasta la mesa, codeando á unos y empujando á otros, y merced á la deferencia de todos tardé poco en hallarme sentado á la izquierda del banquero. Este no se dignó siquiera mirarme; pero en cambio las dos damas, de las cuales la de mas años era tambien la mas inmediata á mí persona, aprovecharon la ocasión para examinarme á su sabor.—Entre tanto los puntos, por su parte, tambien observaban con atención cuanto yo hacia, pues ya he dicho á VV. que gozaba entre aquella gente honrada de gran celebridad.

—¿No juega V., don Carlos? Me preguntó un comerciante á quien el monte habia devorado el capital.—Jugaré, le respondí.—No se da juego!—esclamó mohino un capellan que acababa de perder en el gallo diez ó doce misas de un golpe.

El banquero, levantando la cabeza, miró entonces al pobre presbítero con una expresión de irónica lástima, que me encendió la sangre: callé, empero, y dedicándome á observar á aquel mal viejo, tardé poco en descubrir que sus descarnados dedos conservaban todavia mucha mas flexibilidad de la que á los puntos conviniera.

Al cabo de dos tallas, y sin que lo advirtiese mi hombre, puse á la carta que parecia ser la descargada lo que se llama un embuchado, es decir, algunos duros en plata, y entre ellos ocultas hasta diez ó doce onzas en oro, cantidad de consideración en aquella banca.

Creía el banquero que ganando mi carta, él tambien ganaba, y tomósus medidas en consecuencia, es decir, dispuso los naipes de mane-

ra que fuésemos ambos los favorecidos: yo, por mi parte, encendí tranquilamente un cigarro, y mientras todos los demás puntos, encorvados sobre la mesa, fijos convulsivamente los ojos en la baraja para ver la pinta, y en lo penoso de su respiración dando testimonio de la ansiedad con que esperaban los decretos de la suerte, yo, digo, examinaba con insolente galantería á mis dos vecinas.

Hay cosas en el mundo frecuentes y sin embargo inverosímiles, y una de ellas es que, en ciertos parages y en determinadas situaciones, las mugeres que se llaman vulgarmente *jamonas*, agradan ó por lo menos escitan mas los deseos, que las jóvenes. ¿Será porque la juventud conserva siempre, aun en condiciones abyectas, cierto aspecto de pudor y encogimiento que rechaza, por decirlo así, al libertinaje?—Quizá; y quizá tambien porque la muger de cierta edad tiene en las formas físicas como en los ademanes, en las miradas como en el acento, cierta fuerza de magnética provocación, que á las jóvenes les falta dichosamente; sea por eso, sea porque el desenlace parece y suele ser mas rápido con las *jamonas* que con otras, ello es innegable que los mancebillos, y los hombres que buscan mas la satisfacción de los sentidos que los goces del alma, prefieren de hecho la muger de experiencia á la que comienza la vida. En resumen, he observado que se *desea* á la *jamona*, y se *ama* á la jóven.

Todo eso lo he dicho, señores, para explicar, ya que no para justificar, la confesión que voy á hacer á VV. de haber, en la noche á que me refiero, fijado mucho mas la atención en mi próxima vecina que en la mas jóven de ellas, á pesar de que ésta, hábil y mas que hábil en la estrategia de la coquetería, no se descuidó en lanzarme de cuando en cuando algunas de sus mas mortíferas miradas. Entre tanto la otra, comprendiendo sin dificultad tanto la preferencia que lograba, cuanto lo poco lisonjero de sus causas, tomó cierto aire entre burlon y desdeñoso, cuyo natural efecto fué el de hacermela tomar en aquel juego mucho mas interés que en el otro á que acababa de arriesgar mi dinero. Mas el banquero, que habiendo tirado y ganado el albur, contaba de seguro con que otro tanto habia de acontecerle en el gallo, que era donde yo tenia puesto mi embuchado, prosiguió tirando las cartas una á una, estrujándolas, observando la pinta, y con todas las apariencias imaginables de jugar limpio, si se exceptúa cierta sardónica, casi imperceptible sonrisa, que jugueteaba en sus labios por instantes, como revolotea sobre los sepulcros el fuego fátuo en los cementerios.

Yo me hallaba en el estado de beatitud mas completa que consiente la vida del jugador: al lado de dos mugeres hermosas, de las cuales la una con evidencia debia de ser de fácil conquista, y la otra se me mostraba benévola; interesado en el juego por una razonable cantidad, seguro de ganarla; con el aditamento y goce de ser castigando á un griego con sus propias trampas; y en fin, aspirando, en el mas cómodo asiento del garito, el suave aroma de un excelente tabaco habano de la vuelta de abajo. Añadan VV. á esas satisfacciones la seguridad intima de mi superioridad sobre toda la grey en cuya pésima compañía me hallaba, y comprenderán que entre el demonio del orgullo y mi estraviado espíritu mediaba entonces escasisima diferencia.

En tal estado, y en el momento de decidirme yo á hacerle á mi vecina la *jamona* una mas significativa y galante que respetuosa y enamorada insinuación, que ella esquivó con muestras de risa y no de enojo, cierta especie de inarmónico destemplado coro, en el cual se distinguían las palabras:—«Maldita *sota*.»—«No hay as que venga» y otras del mismo jaez, me anunció que habia realmente venido la primera de las dos citadas cartas, á saber: la *sota* que era la *mia*, y en concepto del banquero la descargada.—Volvi á la mesa los ojos que antes tenia fijos en mi presunta conquista, y mirando al viejo vile recoger con la destreza de una garduña las puestas del as, y comenzar el pago de las pocas que habia en la *sota*, por las de menor cuantía.—«Un duro», dijo, y la voz de un humilde orejero, que así llaman á los que juegan por sistema las cartas descargadas, repitió sumisa: «Un duro.» En la misma forma fué el viejo llamando y pagando las otras puestas, sin contarlas, porque su vista, habituada á aquel manejo, las apreciaba sin equivocación alguna; hasta que llegó á la *mia* que era aparentemente la mayor, aun sin contar con el oro que ocultaba.—«Una onza», exclamó el bueno del banquero, y yo permaneci mudo.—«¡Una onza!» repitió ya amostazado, y tampoco obtuvo respuesta.—«¡Una onza!» volvió á decir con visible impaciencia, y ya inquieto: pero yo, guardando silencio, me limité á desmoronar modestamente la pila de mis monedas, descubriendo así á la vista del banquero y de los puntos todas las de oro hasta allí ocultas.

El que quiera, señores, estudiar y conocer á fondo la ciencia *fisiomímica*, no sé yo que pueda hacerlo con tanto fruto en parage alguno como en las casas de juego; porque allí los rostros muestran casi siempre al descubierto las llagas internas del alma: allí las malas pasiones ni conocen freno, ni dejan de salirse á los hombres á la cara por consideración alguna.

El viejo, al comprender con la vista del oro no solo que perdia



dinero en la jugada que creyó feliz, sino que tenía á su lado un hombre que había sorprendido y descubierto el secreto de su mal juego, palideció instantánea y horriblemente, lanzándose una mirada de venenoso basilisco; y los puntos que de perder acababan, manifestaron en los ojos, en el semblante y con la palabra, todo el gozo que les causaba verse tan pronto y tan completamente vengados. Sin embargo, el viejo, no tardando en recobrar la serenidad que exige el oficio de jugador, y él poseía en alto grado, pagó mi puesta sin proferir palabra, cambió de baraja, y dispúsose para tirar otra talla, como si nada hubiera pasado.

Mas la jamona que había observado cuidadosamente mi proceder en aquel lance, comprendiendo desde luego que conmigo no había términos medios, y que era preciso tenerme por amigo ó por enemigo, hubo á la cuenta de optar por lo primero, pues que se resolvió á dirigirme la palabra para felicitarme por mi buena suerte.—No deseando yo otra cosa, entablé desde luego la conversacion, entre galante y marcial, convenciéndome á poco de que las había con persona de talento y práctica en tales lides. Sin perjuicio, empero, del galanteo, seguí jugando cuantas cartas salían, y en pocas tallas volvió á la banca el dinero que en una le había ganado, con mas algunas onzas de mi bolsillo.

No era aquella la vez primera que yo jugaba y galanteaba simultáneamente; y á mi costa sabía ya que las mugeres en los garitos suelen ser un señuelo para los incautos, una distraccion peligrosa aun para los diestros; y como la impresion que mi vecina me había causado no pasaba felizmente de los sentidos, pude conservar y conservar en efecto bastante libertad de espíritu para no desatender del todo mis propios intereses. Advertí, pues, muy pronto, no solo que la conversacion me iba costando muy cara, sino que el viejo solía volverse de cuando en cuando á mirar á las damas, y que estas respondían con cierta burlona sonrisa á un guiño no mas caritativo que él les hacía.—La cosa no podia ser mas clara: se me daba cordelejo para que, jugando yo sin la necesaria atencion á los dedos del banquero, pagase con las setenas mi primer triunfo.

Una vez descubierto aquel manejo, comprenderán VV. que un hombre de mi carácter no vacilaria en resolverse á tomar la revancha, y solemne, es decir; escandalosa, que el escándalo es la solemnidad de los garitos: pero como para conseguirlo era forzoso que mis contrarios me creyesen completamente fuera de combate, dejéme en la apariencia llevar mas que nunca de la afición á la bella jamona, y del deseo de desquitarme de lo perdido. Duraria tal manejo como una hora, en cuyo espacio de tiempo, me dejé robar, que es la palabra, como unas cincuenta onzas, poco mas ó menos, dando muestras de sentirlo profundamente, pero sin dejar por eso de estar apasionado de mi diestra vecina.

Así las cosas, llena de oro la banca, aterrados los puntos, ensorbercido el banquero, y burlándose de mí casi á banderas desplegadas las dos damas, Mendoza, que se había libertado de perder su dinero por estar en éxtasis contemplativo ante la mas joven, creyó, con la inoportunidad característica de todo tonto cuando presume que sus consejos son necesarios, que era llegado el caso de que su discrecion me salvase de la ruina que en su concepto me amenazaba. Llegóse pues á mí, y en tono de necia suficiencia, me dijo:

—Me parece que haria V. bien en dejarlo, porque esta noche está muy desacertado.—Precisamente andaba yo buscando un pretexto para precipitar el desenlace de aquella comedia, cuando llegó mi sandio compañero á proporcionármelo con su intempestivo consejo, dado, para mayor tontería, de manera que lo oyese las dos mugeres. Hicíme, en consecuencia el picado, y respondí:

—«Compañero, ya yo soy mayor de edad y sé lo que me hago: conquese déjeme V. en paz con mil de á caballo.»—A la sazón empezaba una talla, acabando el viejo de echar el albur, en el cual había á la derecha un dos, y á la izquierda un caballo, que era por consiguiente el mas inmediato á mi persona. Levanteme, como si hubiera perdido ya los estribos, puse la mano sobre el caballo, y exclamé en voz estentorea: ¡¡Copo!! palabra mágica, que como el famoso Quos ego de Neptuno, calma siempre instantáneamente las turbulentas lenguas de los jugadores.

—¿Con resultas? me preguntó el banquero. Con resultas, respondí brevemente, autorizando así á cuantos quisieran á jugar al dos en contra mia.—Todo al parecer estaba arreglado; mas el viejo que desde la célebre *sota* que yo le había ganado me miraba siempre con cierta instintiva desconfianza, añadió brutalmente:—¡Aquí se juega dinero!

En cualquiera otra ocasion creo que le hiciera yo un mal partido á quien así dudase de mi palabra: pero entonces, ya porque la jamona me tenía picado, ya porque quise representar hasta el cabo mi papel, contentéme con lanzar al viejo una mirada de profundo desprecio, y sacando un bolsillo lleno de oro lo vacié sobre la mesa al lado del caballo por mí elegido. A tan significativa insinuacion no

había réplica; así el banquero, sin proferir una sílaba mas que la palabra sacramental: *tiro*, tomó en la mano la baraja, y comenzó en efecto, á tirar las cartas.

El bueno del viejo no solo *amarraba*, es decir, reunía al barajar las cartas que le convenían, sino que dotado de finísimo tacto, ligereza de manos prestidigitadora, y vista de lince, solía *correr* el naipe que le perjudicaba, esto es, ocultarlo, bajo del que encima estaba, á las miradas de los puntos, que merced á tales mañas perdían las suertes que en buena ley hubieran ganado.—Ambas habilidades le sorprendí, y así como él libraba en ellas la seguridad de despojarme, yo en su conocimiento la de darle, en primer lugar, una severísima leccion, y en segundo la de rendir á discrecion á mi codiciada jamona.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

### PROFANACION.

La casa de Hernán Cortés no existe ya. La España del siglo XIX ha visto derribar con indiferencia los últimos cimientos de las tapias de aquel edificio digno de respeto. Escribiennos de Medellín que estaban arando el solar; enviannos una flor que han cogido entre los surcos: trataban de salvar el escudo de Cortés; esto es todo lo que quedaba de su gloria! Los diarios políticos que tan apurados se ven para llenar sus columnas, no han dedicado una sola línea á pedir la conservacion de aquellos restos venerandos!... Hacen bien los extranjeros en compadecer el estado de un pais que no se ocupa mas que de discursos ridiculos, de artículos de fondo y de gacetas necias: hacemos muy mal los españoles en quejarnos de la manera que acostumbra á juzgarnos los extraños, puesto que lo tenemos bien merecido por el desprecio con que miramos lo único que nos queda ya, el recuerdo de nuestras pasadas glorias!

### SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Un pedante tiende mas á decirnos lo que él sabe, que lo que nosotros ignoramos.

No se debe extrañar la prosperidad de los malos y la decadencia de los buenos, porque la vida es un libro en que la *fé de erratas* está al fin.

Un pedante pocas veces es valiente, porque el que mas se estima se espone menos.

Se suele decir: «Si yo fuera rico haria...» Mentira! Se tiene mas apego al último escudo que se ha reunido que al primero que se ganó.

De tanto alabar el charlatan las virtudes de su pomada, concluye por creer en ellas y usarla tambien para sí.

Una buena cualidad se deja ver, pero un vicio se pone de manifiesto: la primera se descubre con mas ó menos trabajo, pero el segundo choca al instante.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No teniendo mas que unos doscientos ejemplares del SEMANARIO de 1848, y ciento escasos del de 1849, advertimos que nuestros suscritores podrán adquirirlos á 40 rs. en Madrid y 50 en provincias hasta el día 15 de junio. Pasado este día, el precio de los tomos, si queda alguno, será invariablemente 60 rs. en Madrid y 80 en provincias.

En las oficinas de este periódico se compran los tomos del SEMANARIO pertenecientes á los años del 56 al 59, estando en rústica y en buen estado, al precio de la suscripcion.

### GEROGLIFICO

QUE  
LO 9.º 9.º 9.º 9.º



MADRID: Imprenta del SEMANARIO e ILUSTRACION, á cargo de D. G. Vithuola.